

EL TRASLADO



Por muy bien construido que estuviera el barco, 50 años a la intemperie, flotando en un ambiente demasiado agresivo como para tener un mantenimiento intermitente, fugaz y

erróneo, no presagiaban que el barco estuviese como Poseidón manda, quemaduras de primer grado aparte. Así que decidí llevarlo a la carpintería de la familia, en Sant Llorenç Savall. Remolcarlo hasta Badalona - gracias a un pescador amigo -, sacarlo del agua y transportarlo hasta el taller, serpenteando por una carretera con demasiadas curvas cerradas como para guiar el convoy tranquilo, ya fue una pequeña odisea. Sólo decir que teníamos varios pernos por los que se filtraba el mar y, personalmente, pasé más miedo entonces que de Castellón a Río de Janeiro. Antes de la puesta del sol el Augusta quedó apuntalado en la explanada, acompañado por el velero en construcción de mi tío, protegido por los chopos que plantó mi bisabuelo y un bosque de pinos; bajo la mirada de mi abuelo desde el tornalecho de la carpintería. Mi abuela, a petición del barco, lanzará la botella.

Este día empezó la vuelta del Augusta, aunque fuera por una excursión a la montaña.

